

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LV

MADRID, 12 DE JUNIO DE 1921

HEMEROTECA
MUNICIPAL

NÚM. 19.456



UNA VERBENERA (DIBUJO DE A. DURÁ)

Ayuntamiento de Madrid

CUENTOS ESPAÑOLES

ESTRIBILLO DE PRIMAVERA

No hace mucho tiempo, hallándome en una hermosa ciudad del Levante de España, halago para los sentidos, sedante eficaz para las almas fatigadas por el ajetreo de la vida madrileña, un día, en uno de los lugares de grata compañía que yo acostumbraba a frecuentar, hubieron de avisarme que alguien había ido a preguntar por mí, manifestando decidido interés en verme.

—¿Quién es?—pregunté.

—No le conocemos—me contestaron—.

Es un hombre de aspecto extraño. Joven todavía, se le ve avejentado, porque sin duda ha sufrido mucho. Es persona que ha debido de estar en mejor posición que la en que actualmente se encuentra. Descuidado en el arreglo de su persona y derrotado en su indumentaria, adviértese en él una persona educada y acostumbrada en otro tiempo a una existencia más cómoda.

Supuse que sería cualquier menesteroso vergonzante que había acechado mi paso, y no di gran importancia al asunto. Cuando volví al hotel donde me alojaba, me anunciaron que un individuo que ya había estado a preguntar por mí deseaba verme, y me dieron su nombre, que yo recordé al punto entre las vagas memorias de mis tiempos universitarios. Por las señas que, además, me hicieron conocer del personaje, vine a comprender que era el mismo que me había buscado también en otro lado, y me dispuse a salir a su encuentro.

En el vestíbulo hallé, en efecto, a un hombrecillo flaco y amarillento, consumido quizá por un fuego misterioso que asomaba brillando en sus pupilas relucientes. Su cabeza, poblada de canas prematuras, estaba coronada por unos cabellos tiesos, que parecían una breve llamarada sobre su cráneo. Su rostro tenía una sonrisa inquietante, que era más bien una trágica mueca. Al tenderme su mano esquelética sentí que aquel manojillo de huesos estaba ardiendo.

—¿No me reconoces?—inquirió forzando su sonrisa triste.

Hube de manifestarle que, en efecto, le recordaba perfectamente, y que tenía interés en saber qué era actualmente de su vida.

Cantillano, que así se llamaba aquel discípulo mío, empezó a hablar, y a hablar de tal manera, que me quedé suspendido, y unida a una infinita sensación de amargura, experimenté una inevitable curiosidad, un deseo de recibir las confidencias de aquel hombre.

Quien no haya sabido jamás lo que es la tremenda sorpresa de hallarse frente a frente con un loco, sin haber conocido hasta aquel momento qué especie de hombre era el interlocutor, no puede formarse una idea exacta de lo que es una impresión semejante. Es posible que en caso parecido otro cualquiera habría buscado la manera más hábil, pronta y cortés de procurar que se alejara un visitante de esa especie. Yo, por mi parte, lo que hice fué coger a Cantillano amablemente del brazo e invitarle a entrar en el café del hotel, que abría una de sus puertas al vestíbulo donde nos hallábamos, y estando a aquella hora desierto, era lugar adecuado para escuchar sin interrupciones molestas lo que fuera a contarme mi visitante extraordinario.

Una vez acomodados en un rincón del establecimiento, empezó a referirme la gran miseria de su vida. Yo entonces sen-

ti una mezcla de indignación y de horror al saber que aquel desgraciado, que debería hallarse bajo los cuidados médicos en un sanatorio, acababa de salir del presidio, donde había permanecido algunos años, y la cual condena no había extinguido todavía, pues se hallaba en libertad condicional por la excelente conducta que había observado en la penitenciaría. Se trataba de un casc-clínico, y los Tribunales le habían juzgado como un caso delictivo.

Brevemente, y con una gran naturalidad, sin perder por un momento su rostro aquella mueca que quería ser una expresión agradable, narró el suceso que le llevó a presidio, rompiendo su juventud y, en definitiva, su vida de la manera más cruel e irreparable.

—Verás cómo ocurrió—me decía—; y lo peor de todo fué que no me pude ir al África en la expedición que tenía proyectada con mi amigo Enrique. ¿No lo sabes? Pues era una cosa maravillosa. Mi amigo Enrique y yo teníamos decidido ir al corazón de África a buscar minas de diamantes. Allí hay muchísimas desconocidas todavía, y era una lástima que estuvieran los diamantes tirados por el suelo, pudiendo ir nosotros a recogerlos. Así es que lo considerábamos cosa hecha. Nos marcharíamos los dos solos, para no tener que repartir el botín entre muchos. Pero cuando ya teníamos decidido el viaje, caímos en la cuenta de

que necesitábamos defendernos de las acometidas de enemigos misteriosos que podrían acometernos y robarnos y matarnos tal vez, llegando a nosotros en el momento de nuestro sueño. Yo le propuse a Enrique la solución del conflicto: no dormiríamos al mismo tiempo. Mientras uno descansaba, velaría el otro. Entonces caí en la cuenta de que el centinela necesitaba armas, porque los árabes del desierto (al pobre le preocupaban los árabes del desierto en el centro del África) llevan, como tú sabes, un arsenal encima. Así es que aquel mismo día fui a una casa de antigüedades que había en la calle de Tudescos y compré un puñal damasquino, que era una maravilla. Te hubiera gustado mucho verle. Siento no tenerle aquí. Pero los jueces se quedaron con él. Se conoce que les gustó también. Bueno; pues yo estaba muy contento con aquel arma, que era una joya y tenía una punta finísima. Al día siguiente nos marchábamos. Como era natural, antes tenía que despedirme de algunas personas. Verás. Había una mujer que había estado muchos años en mi casa, cuidándome cuando yo era pequeño, y a quien consideraba yo casi como de la familia. Se casó, y vivía en los Cuatro Caminos con su marido, que tenía allí montada una pequeña industria, y con su hija, una muchacha, por cierto, guapísima. Yo no me había fijado mucho en ella; pero luego comprendí que me quería un poco. El caso es que yo fui a su casa para despedirme, como me parecía natural, ya que iba a emprender un viaje tan largo, y cuando llegué me dijeron unas vecinas que no había nadie, y que la chica había ido por agua al Canalillo. Fui a buscarla, y di con ella. Era una tarde primaveral, como ésta. La tierra, cubierta

de verdor, echaba un vaho caliente y húmedo. Al lado se oía sonar el agua del Canalillo, que caía en un desnivel de su cauce. Empezamos a hablar, y ella me dijo que había reñido con su novio y que estaba muy triste. Luego me dijo lo más grave: «Puesto que te vas tan lejos, ¿por qué no me matas antes? Yo quisiera matarme; pero no tengo valor para hacerlo. Anda, te pido que me mates tú.»

Afortunadamente, yo llevaba el puñal damasquino, aquel tan bonito, y podía complacerla. La tarde, el lugar, el ambiente, todo en realidad convidaba a la realización de aquel sacrificio. Te advierto que no recuerdo bien lo que pasó. A mí me parece que fué ella la que se clavó el puñal, por acercarse demasiado a mí. El caso es que cayó, que cayó muerta, y yo entonces sentí una angustia muy grande; porque, como ya te he dicho, yo creo que me quería un poco...

Aquí hice Cantillano una breve pausa, y pronto reanudó su relato para continuar refiriéndome cómo, habiendo sido condenado a la cárcel aquella misma noche, no pudo emprender el fabuloso viaje.

—Eso es lo que yo siento—decía—: que Enrique me estaría esperando y a lo mejor iba a creerse que yo no iba porque me daba miedo de los árabes del desierto. Supongo que luego se enteraría de que con aquello de estar preso me había sido verdaderamente imposible acudir a su cita. No hace falta decirte que yo lo sentía tanto como él. Era una estupidez lo que me pasaba. En fin; el caso es que yo estaba procesado, que se celebró el juicio y que me condenaron a unos años de presidio, que no he cumplido todavía, aunque se me permite vivir en libertad el resto del tiempo de la pena.

El caso era excepcional y doloroso. ¿Qué jueces eran aquellos que habían llevado a la amargura de un penal a aquel desgraciado, cuya alma había picoteado sanadamente el cuervo siniestro de la locura? ¿Qué responsabilidad tan enorme no era la de aquellos hombres que, creyendo que velaban por la sociedad, martirizaban a un desventurado durante unos cuantos años y le dejaban luego dispuesto a repetir la obediencia a su fatal impulso?

Pregunté a Cantillano dónde vivía y qué género de vida era el que llevaba. Y me respondió así:

—Vivo en las afueras, en el camino de Barcelona. Por la noche no salgo, porque como estoy en libertad condicional, no quiero que me vean fuera de casa, y, además, a media tarde, ya estoy allí. Porque...

Y aquí, después de marcar más el gesto de forzada sonrisa que tenía en su rostro, hizo una leve pausa, y continuó en tono más confidencial:

—A ti quiero decirte. Cerca del molino donde yo vivo hay una chica con la que hablo todas las tardes. Nos vemos al lado de la acequia, y acompaña nuestras palabras el rumor del agua que cae en un desnivel del cauce. Y en estas tardes de primavera, la tierra, llena de verdor, despiden un vaho caliente y húmedo. La chica me habla... y me mira... Y yo creo que me quiere un poco.

Me estremecí escuchándole. Fatidicamente volvía a surgir en él su tremendo tema. El estribillo primaveral tornaba al trágico cantar de su espíritu desvariado. En su alma se repetía, sin querer, el ritornello doloroso.

Y yo pensé en que un día cualquiera sabría la noticia de la muchacha asesinada, una tarde tibia, en el campo verdeado y junto a la acequia donde cantaba el agua una eterna canción.

Pedro de REPIDE

LOS POETAS JÓVENES

María Isabel

María Isabel no tiene mas que catorce años...
Cautivo duerme un sueño bajo su blanca frente;
aún no sufrió su alma penas ni desengaños;
su vida es como un lago dormido y trasparente!

Su corazón recoge las músicas más bellas
y en sus ojos retratan su hermosura las cosas;
cuando alza las pupilas, se miran las estrellas;
si las baja, en su espejo se contemplan las rosas.

María Isabel no sabe... ¡Y aunque siente inquietudes
por saber el misterio de un bien desconocido,
aún ignora de todo las secretas virtudes...

María Isabel, que guarda de inocencia un tesoro,
sólo sabrá la clave del enigma florido
cuando llame a su alma el Ensueño de oro.

Retorno

¡He vuelto a aquella casa!... En la paz provinciana
las estancias se anegan en dulce oscuridad.
¡Se han secado las rosas que había en la ventanal...
¡Remanso de los sueños!... Silencio y soledad.

¡Oh! el dolor del retorno a la casa querida
en donde hemos nacido... La ruina de ese hogar
deshecho, que es el drama de toda nuestra vida...
(¡Las cosas que se fueron para nunca tornar!)

La húmedas paredes de la casa vacía
lloraron en mi ausencia. ¡Oh! la melancolía
del éxodo... En la paz de la tarde dorada,

una rosa reclina su gracia en mi vidriera...
¡Mi corazón es esa rosa de primavera
y mi vida la vieja casa deshabitada!

Ernesto LOPEZ PARRA

A LA SALUD DE LOS MUERTOS



Sobre un arroyo negro de linfa pantanosa
se eleva el puente del Misterio;
se recorta lejana la mancha verdinosa
del cipresal del cementerio.
Es el puente fatal, las tristes pasarelas
llenas de espanto y de inquietud
por donde van pasando, cual negras barquichuelas,
un ataúd y otro ataúd...

En la mitad del puente plañen los pordioseros
sus cuitas mendicantes, sus ayes lastimeros;
son costrosos manganles de cayado y zurrón
—viejas brujas de Goya, pobres monstruos humanos
que se rascan al sol con engarfiadas manos,
sensualmente, su horrible llaga en fermentación.

Y cuando cesa, al crepúsculo,
la larga fila de entierros,
contando su calderilla
va el enjambre limosnero.
Y en las siniestras tabernas
que hay al borde del sendero,
beben todos los mendigos
¡a la salud de los muertos!

Cae la tierra en la caja, ¡oh, momentos de angustia
desgarrante! ¡El adiós para siempre jamás!
¡Carne de nuestro amor agusanada y mustia
—entre las cuatro tablas— que no veremos más!
Junto a nuestro dolor, que deja un hijo acaso
bajo la tierra, inerte,
en bandada de cuervos, salen a nuestro paso
los lacayuelos de la Muerte.

Es el sepulturero que enterró a nuestro amor
—con la gorra en la mano, torvo, zurdo y zaino—;
es que el compadre enterrador
quiere honrar nuestra pena con un vaso de vino.
Y los negros y absurdos postillones
y los enlevitados de pelucas grotescas,
que trenzan una hórrida danza de casacones
en mil retorcimientos de zalemas burlescas.
Llegan nuevos mendigos a decorar la escena
—visión alucinante de aguafuerte—:
a todos les ha dado mucha sed nuestra pena..
¡una sed más macabra que la Muerte!

Cuando calla el esquilón
doliente del cementerio,
en los míseros ventorres
que hay al hilo del sendero,
mendigos y enterradores
y encasacados grotescos
alzan su vaso de vino
¡a la salud de los muertos!

Ilustración de E. BRAÑEZ.

Emilio CARRERE



LA LEYENDA DE LOS DOCE MESES

ERASE una viuda que tenía una hija, fea y mala, llamada Bárbara. La viuda se volvió a casar con un viudo que tenía una hija, bella y buena, llamada Angelina.

El hombre murió y la viuda se quedó con su hija, a la que quería con delirio, más que por ser su hija, porque se le parecía mucho en lo antipática, y con su hijastra, a la que aborrecía porque la tenía envidia.

La pobre Angelina era muy desgraciada; la obligaban a trabajar todo el día y a guisar buenas comidas, de las que no le daban a ella más que algún que otro pedazo de pan duro. En cambio, recibía a menudo buenas raciones de bofetadas.

Un día de invierno se le antojó a Bárbara tener un ramo de violetas.

—Anda —dijo en seguida la madre a Angelina—, ve al bosque y tráele un ramo de violetas a tu hermana.

—¿Dónde encontraré yo violetas, si los campos están cubiertos por la nieve?—exclamó la niña.

—Obedece y calla, y si te atreves a volver sin las violetas, te dejaré fuera y morirás de hambre y de frío.

Y al decir esto la vieja, la echó de un empujón y atrancó la puerta.

La pobre Angelina empezó a andar, llorando a lágrima viva. De pronto, vislumbró un resplandor. Al acercarse vió una hoguera encendida; alrededor de ella había doce señores sentados, inmóviles, envueltos en amplias capas y con las caras cubiertas por grandes capuchas. Había tres con capa blanca como la nieve; tres con capa verde como la hierba; tres con capa dorada como las espigas, y tres con capa morada como los racimos de uvas.

Aquellos doce personajes eran los doce meses del año.

Angelina, que tiritaba de frío porque su madrastra no le había dado siquiera una mala toquilla para abrigarse, se acercó tímidamente y pidió permiso para que la dejaran sentarse un momento junto al fuego.

—¿Qué vienes a hacer aquí?—preguntó con gruesa voz Enero, que llevaba un palo en la mano.

—Busco violetas.

—No hay violetas en tiempo de nieve.

—Ya lo sé; pero si no las llevo, mi madre y mi hermana me dejarán morir de hambre y de frío.

El viejo Enero se puso en pie, apartó su capucha blanca, y, dando el palo a un joven de capa verde, dijo:

—Hermano Marzo, tú verás lo que haces.

Marzo movió el fuego con el palo; en el acto, la llama se entreabrió, la nieve se deritió y la tierra reverdecía. A los pies de Angelina acababa de nacer un espléndido tapiz perfumado.

—Pronto, niña; coge un ramo.

A toda prisa Angelina obedeció, y después de dar las gracias se alejó corriendo con su florido botín.

Sin el menor gesto de agradecimiento, ni hacerle pregunta alguna, Bárbara se puso el ramo de violetas al talle, con lo

cual resultaba aún más fea. Al día siguiente se le antojó comer fresas.

—Vete al bosque—dijo la madre a Angelina—y llena este cesto con fresas para tu hermana.

—Pero, ¿desde cuándo hay fresas bajo la nieve?—preguntó Angelina, temblando.

—Obedece y calla, si no quieres morir de hambre y de frío.

Esta vez la niña no vaciló; se dirigió al sitio de la víspera; allí seguían los

flores en el campo se abrieron. A los pies de Angelina se extendía un tapiz rojo y perfumado.

—Pronto, niña; llena tu cesto.

Angelina no se lo hizo repetir, y después de dar las gracias se alejó corriendo con el cesto lleno de fresas.

Sin decirle siquiera una palabra, Bárbara y su madre se comieron las fresas y no le dejaron ni una. Al otro día, Bárbara declaró que quería manzanas. Amenazada y maltratada por su madrastra,

Junto a Angelina se alzaba un árbol cargado de manzanas coloradas y brillantes.

—Pronto, niña; mueve el árbol—dijo Septiembre.

Angelina obedeció, y cayó una manzana; volvió a moverlo, y cayó otra manzana.

—Vete, vete pronto a tu casa—ordenó Septiembre.

Angelina se apresuró a recoger las dos manzanas en su delantal, y echó a correr, sin olvidarse de dar las gracias a sus protectores.

Esta vez la curiosidad de Bárbara pudo más que todo.

—¿Dónde has cogido estas manzanas, en este tiempo?—preguntó.

—Allí, en la montaña, hay un árbol lleno.

—Entonces, ¿qué has hecho con las otras? ¿Sin duda te las has comido en el camino?

—Yo no—protestó la pobrecilla—; es que no me han dejado coger más que dos.

Las manzanas estaban sabrosísimas; después de comérselas, Bárbara dijo:

—Madre, dame mi abrigo de pieles; voy a ir yo misma hasta ese árbol maravilloso y traeré todas las manzanas y nos las comeremos.

Y se fué. La nieve había borrado los senderos; veinte veces perdió su camino; pero estaba tan bien abrigada, que no sentía el frío; además, la golosina podía más que todo. De pronto, en la lejanía, vislumbró un resplandor; al acercarse vió la hoguera encendida y los doce meses alrededor de ella. Sin pedir permiso, sin saludar siquiera—tan mal educada estaba—, Bárbara se sentó entre ellos, junto al fuego.

Enero le preguntó:

—¿Qué buscas por aquí?

—Y a usted, ¿qué le importa?—contestó ella descaradamente.

Enero se puso en pie, frunció el ceño y alzó el palo. Al punto el cielo se oscureció, la llama se ennegreció y la nieve recrudeció.

Como, al llegar la noche, Bárbara no había vuelto, la madre, desesperada, después de echarle la culpa a Angelina y de pegarla a más y mejor, se fué en busca de su hija, en medio de una tormenta horrorosa.

No han vuelto a parecer. Angelina era tan bondadosa, que hasta lloró. Yo confieso que me alegro.

Angelina se quedó sola. Se dedicó a asear la casita, a guisar su modesta comida, a hilar las telas, que luego vendía por la ciudad, y al poco tiempo se casó con un vecino joven y rico que la amaba.

Los doce meses no olvidaron a su protegida. Más de una vez, cuando el viento soplaban en invierno, el buen Enero iba a tapar con nieve las rendijas de la casa para que no penetrara el frío.

Y así vivió Angelina, siempre buena y dichosa, teniendo el invierno en la puerta, el verano en el granero, el otoño en la cueva y la primavera en el corazón.

PINOCHO

Dibujos de BARTOLOZZI.



doce meses, inmóviles alrededor del fuego.

—¿Qué buscas?—preguntó Enero.

—Busco fresas.

—No es tiempo de fresas ahora.

—Ya lo sé; pero si no las llevo moriré de hambre y de frío.

El anciano de barba blanca se levantó, y, entregando su palo a uno de capa dorada:

—Hermano Junio—dijo—, eso es cosa tuya.

Junio tocó el fuego con el palo. En el acto, los árboles de hojas se cubrieron, los pájaros alegremente cantaron y las

la pobre Angelina no tuvo más remedio que salir a buscarlas.

—¿Otra vez tú? ¿Qué buscas hoy, pobrecilla?—preguntó el buen Enero al verla llegar.

Angelina se lo dijo, y Enero entregó el palo a otro casi tan viejo como él, de barba gris y capa morada.

—Hermano Septiembre—dijo—, esto es de tu negociado.

Septiembre tocó el fuego, y en el acto las llamas se elevaron, en los árboles las hojas se doraron y de frutos maduros se llenaron.

LOS GESTOS DE UNA GRAN ARTISTA

ISADORA DUNCAN POR JOSÉ CLARÁ

ISADORA Duncan va a Moscú. El Gobierno de los Soviets la invita a crear allí una Academia de baile, asegurándole para ello todo género de facilidades. Y no es a pocos a quienes la tal noticia deja estupefactos. Que el Gobierno de los Soviets invite a la genial danzarina, bueno; ello no hace sino corroborar otras noticias que ya se han divulgado acerca de la protección que encuentran en la Rusia actual todas las artes (noticias que, por otro lado, se hallan muy acordes con el angustioso llamamiento lanzado por Gorki a «la Europa civilizada» en favor de los intelectuales rusos, prontos a perecer de hambre); pero, ¿cómo puede ésta aceptar en estos momentos semejante ofrecimiento? ¿Cómo ella, libre ciudadana de la República más libre del mundo—y por la



volcó en el Sena el automóvil con los niños y el aya.

Los funerales grandiosos y solemnes, como no los tuvo jamás príncipe de la sangre; la orquesta Colonne, con su ilustre jefe a la cabeza, tocando en la hasta entonces Escuela de Neuilly, ante los dos pequeños féretros blancos, la séptima Sinfonía beethoveniana, queriendo así rendir homenaje al dolor de la genial artista... La Audiencia: Isadora, envuelta en los velos negros de su inconsolable maternidad, pidiendo ella misma la absolución del que causó la muerte de sus hijos... Grünewald, Neuilly, cerrados. ¡No más infancia ya, no más gestos tiernamente rítmicos en torno a la artista

desesperada! Y, poco a poco, la vida que se impone de nuevo; el arte otra vez triunfante. Algunas danzas, no ante un

fundó, bajo los auspicios del Gobierno alemán y la protección directa del emperador, una Academia de danzas griegas en pleno bosque de Grünewald, junto a Berlín. Allí, en un ambiente verdaderamente elegíaco, unas veinte niñas de cuatro a doce años, hijas de artistas en su mayoría y llegadas de todos los puntos del globo—las había alemanas e inglesas y americanas—aprendían a ser, a su vez grandes y exquisitas artistas, bajo la dirección de esta mujer, que ha hecho de su arte un verdadero sacerdocio.

En la Grünewald, las niñas, vestidas todo el día con la armoniosa túnica helénica, levantábase a las siete, en un dormitorio inmaculadamente blanco y decorado con reproducciones de bajorelieves y con vasos antiguos. Desayunábanse con frutas y

legumbres y dedicaban toda la mañana al estudio, según el programa corriente en todas las escuelas de Alemania. Únicamente por la tarde, después de un paseo por el bosque y de la taza de té tomada luego, comenzaba la enseñanza duncaniana, destinada a hacer revivir por el mundo el ritmo perdido de los gestos y las actitudes.

Esta era la vida en la creación más importante de Isadora. Más tarde vino la Escuela de Neuilly, instalada con el mayor cariño... Se incendió. Más tarde vino algo que relegó a segundo término el proselitismo de la artista: su matrimonio con el hijo de la gran actriz inglesa Ellen Terry, y poco después el nacimiento de dos angelitos. Y angelitos fueron, en verdad, que no tardaron

en subir al cielo en aquella tarde terrible en que el «chauffeur», embriagado,

público indiferentemente entusiasta, sino en la intimidad del pequeño estudio de Clará, en donde algún músico amigo, sin

previa preparación, sentábase al piano y comenzaba a inspirar a la danzarina.

Clará es entonces el único que puede expresar este arte que es arte de olvido, y lo expresa en unos dibujos maravillosos que tienen todo el sabor del arte creado para uno mismo.

¿Irás ahora Isadora a Rusia a acabar de olvidar, a acabar de serenarse, o ya apaciguado el recuerdo de la tragedia, querrá infundir a niños que le recuerden los suyos, el ritmo que ni un instante dejó de sentir palpitante?

Julio AROZARENA

Siluetas dibujadas por José CLARÁ



misma índole de su trabajo y sus mismas condiciones de vida, eterno «pájaro errante», cómo puede aceptar estable-

cerse, y, según parece, durante una temporada bastante larga, en el país actualmente menos libre del mundo? Y es que los que así piensan ignoran que Isadora Duncan, aun antes que genial danzarina, es fanática prosélita de la danza, y que, por lo tanto, la perspectiva de crear un núcleo de adeptas ha de pasar por ella antes que la perspectiva de cualquier triunfo personal. Así, la invitación del Gobierno de los Soviets no es para ella una proposición más o menos brillante y halagüeña; es, sencillamente, la posibilidad de realizar la máxima aspiración de su vida.

Ya hubo un tiempo en que pudo crearla casi realizada. Hará unos quince años



IMPRESIONES DE UN LECTOR

En torno a Maragall

LECTORES, tengo un pequeño remordimiento, y quisiera hoy librarme de él. En mi artículo anterior me referí a la antología de traducciones de Maragall en lengua castellana, y sólo dediqué a la memoria del gran poeta catalán una nota excesivamente rápida, limitada a la circunstancia de aquellas versiones. Por ello, ahora deseo, con motivo de la incorporación del poeta en la poesía castellana, consignar en estos comentarios mi visión personal sintética sobre el autor del *Elogio de la Palabra*.

No voy a separar en su obra lo que es producto de su raza de lo que es fruto exclusivo de su inspiración personal, aunque ello sería muy interesante en un estudio del valor épico de los movimientos particularistas. En las civilizaciones refinadas, complejas, los poetas no pueden representar la totalidad nacional o ciudadana, porque no hay en ella un tono uniforme que concentre el alma del país. Pero en las culturas nuevas, todavía infantiles, con la simplicidad natural a todo organismo rudimentario, sin aquella ironía nacida de los contrastes y de los escepticismos, los hombres superiores se levantan a modo de estandartes o báculos pastorales entre muchedumbres de admiradores inconscientes, puramente sensitivos. Son troncos de un árbol único, en esas razas todavía vegetativas y tradicionalistas. La cualidad de poetas nacionales (segundo grado, superior a los poetas regionales, de que hablábamos el otro día, pero inferior a los «poetas», a los poetas universales o sin adjetivo) es privilegio de los idiomas locales y de las reliquias de civilización arcaica. ¡El poeta nacional checo! ¡El poeta nacional croata! ¡El poeta nacional polaco, irlandés, bretón! Son poetas-símbolos, figuras materiales de la patria invisible, trasuntos de nacionalidad, eucaristías. Son productos de un deseo de improvisar banderas e mesías en cada poeta, en cada escritor, en cada orador.

El primer gran merecimiento de Maragall consiste en haber superado esa prueba. Maragall ya no es sólo un poeta catalán; más que un poeta español, es ya un poeta ibérico, aunque no haya llegado a ser todavía un poeta universal.

Los poetas, en cuanto a su espiritualidad, pueden clasificarse en *suscitadores* y *videntes*. En cuanto a su forma, los unos son *musicales* y los otros *escultóricos*.

Maragall, casi místico, fué un poeta *vidente*. No hubo en él un creador de imágenes, ni un reductor de *ultra-pensamientos* a formas de belleza, ni un fulminador de rebeldías, ni un idealizador de amores, ni un sutilizador de sarcasmos. Su mayor encanto está en lo que no acierta a decir; en la sugestión de un estado emotivo ante un espectáculo; en la consonancia de vibración con todo su pueblo ante una bella tradición conservada; en la lucha con la impotencia general de los hombres para transmitir lo que vagamente les revelan las contemplaciones y los silencios. El, que escribió el *Elogio de la Palabra*; hubiera debido titularlo, con más propiedad, *Elogio del Silencio*, añadiendo unos comentarios más al sublime capítulo de Maeterlinck en *Le Trésor des Humbles*; de ese Maeterlinck a quien debió la más intensa fecundación de su temperamento y la admiración por los neomísticos septentrionales, como Novalis, cuyo *Enrique de Ofterdingen* trajo. La gloria más alta de Maragall son

centelleos, llamas que concentran en un verso o una frase las emociones que largas tiradas de versos anteriores o posteriores no logran revelar. Sus lontananzas de poesía, profundas y luminosas, se abren en medio de pobres y hasta vulgares esfuerzos, que avivan y exaltan la impresión del verso único, de la palabra sugerente y sola.

¿Por qué ese poeta nacional, como Verdaguier, nos ofrece el extraño florecer de un misticismo en la tierra plutocrática, realista, pragmática, de la Cataluña actual? ¿Hay acaso en ellos un misterioso entronque con la remota paternidad de Lulio? En todo poeta, a pesar de las apariencias, vive siempre un germen de rebelión. El poeta, conscientemente o no, se refugia en su propio interior para librarse del medio externo, bajo y prosaico. La condición redentorista de Verdaguier y sus desgracias personales le forzaron a ostentar aquella disparidad con el mundo despreciable en que le tocó vivir.

En cambio, la paz doméstica de Maragall y las facilidades de su vida contribuyeron a su optimismo, que le hizo dorar bellamente de poesía las cosas y perfumarse de serenidad.

Maragall es tan exclusivamente lírico, que fué muy inferior a sí mismo en los ensayos épicos y dramáticos, singularmente en su nueva plasmación del *Comte Arnau*, ese fantasma troveresco, que ya integraron en sus baladas Walter Scott y Bécquer, bajo formas diversas. Si hay algún valor épico en la producción de Maragall es *La Sardana*, donde se encuentra, sobre todo, el verdadero *eco lírico* de toda su raza, en una compenetración genial de música y sentimiento. Maragall fué tan lírico, que resultó en cierto modo un orador, ya que la oratoria es un lirismo que habla directamente al pueblo, como la tragedia es una épica plasmada directamente ante el pueblo. Fué poeta orador, porque su poesía más alta (que para mí está en prosa) es la de los parlamentos a manera de diálogos místicos con el alma flotante de su pueblo; la de los artículos en que ahonda en el sentido esotérico de las fiestas populares, henchidas de recuerdos auténticamente religiosos. Poeta siempre, transfiguraba las cosas devolviéndolas a la pureza originaria y honda, a través de las desvirtuaciones y corrupciones de los tiempos y los hombres. Por un apartamiento aristocrático de las prosaicas realidades, lograba salvar su fe revistiéndola de noble candidez. Esa candidez le salvaba; candidez en el sentido etimológico y en el corriente, por la blancura de su túnica erguida sobre el barro y por la ingenuidad de su creencia entre la lucha del pensamiento.

No fué, no, un hijo de Goethe; no lo fué, porque nada más lejos de su estro que el señorial dilectantismo escéptico y la cura escrupulosa de la forma poética. Por eso resultaron desgraciadas sus traducciones del gran germánico...

En la forma, ¿fué Maragall un *musical*? ¿Fué un *escultórico*? Su caso es curioso; porque era un poeta que resultaba musical por cierta virtud interna, a pesar de la incorrección, a veces incomprendible y durísima. La música le cantaba en las honduras de sí mismo; no en el interior de la estrofa o del verso, sino en el alma del poeta, presente siempre más allá de las palabras deleznales; era la

melodía del silencio, la canción de las cosas no dichas, el himno de las modulaciones adivinadas... Maragall parecía decir: «Yo siento, ahora mismo, un canto que no puedo retener para que podáis conocerlo vosotros.» Y no hay, en poesía, más alto secreto de emoción que lo que llamaríamos el verso ulterior, el eco inmodulado del pensamiento y del sentimiento, el *interlinado* de la emoción... El poeta que todo lo dice, que nada abandona a la colaboración callada del lector, no convierte al lector en autor a su vez; no le da la investidura sagrada, semejante al espaldarazo con que se armaba a los caballeros; no le hace sentir el contagio de la inspiración, ni le deja creer que él también, *anche lui*, es poeta, inicialmente poeta; que siente en sí mismo, y no en la lectura, la grandeza de la sensación poética; que tiene «facultad», y no ya «receptividad». Creo que en esta observación está el rasgo típico de la fisonomía de Maragall.

Acaso le faltó comprender que la poesía, además de inspiración, es arte, y, por lo mismo, técnica, dificultosa y ruda habilidad que actúa sobre la rebeldía del léxico, sobre la resistencia de la palabra, para extraer de ella la miel de la música. En la prosa, o en lo que suele llamarse prosa, la palabra fluye más libre de esclavitud técnica, y el escritor no se ve tan constreñido a fluctuar dolorosamente entre la virginidad amorfa de los conceptos y las necesidades de la versificación, eminentemente prosaicas, por una curiosa paradoja. Maragall, poeta negligente de la forma exterior, negligente del verso y la eufonía, proclamaba la forma como el gran secreto de la belleza. Pero se refería, en realidad, a la imagen exterior, que para mí es el momento intermedio de la producción, la cual tiene por momento inicial la imagen interior, y por momento final la forma exterior, la música, el ritmo acústico.

Se ha dicho que el hombre fué todavía superior al poeta. Ciertamente. El poeta fué, en su persona, un reflejo del hombre. ¿Quién no sintió su aura de dulzura, la luminosidad efusiva de sus ojos? Muchas veces me pregunté cómo podía haberse educado literariamente a la sombra de un Mañé y Flaquer, de aquel catalán en quien tomaron cuerpo todas las malas cualidades de la raza para ofrecer al mundo una antítesis perfecta de Pi y Maragall. Hasta la muerte del poeta guardé contra él un reparo, una fuerte objeción... ¿Por qué? Porque el prestigio de bondad, de respetabilidad, es cosa fácil de mantener cuando uno se aparta de la batalla directa y viva y se abstiene de atacar para no suscitar agravios, y se calla la palabra fuerte para no perder la ecuanimidad serena ni descomponer los pliegues de la túnica. Parecía faltar acción, agresividad, redentorismo, afirmación, en la excelencia moral pasiva de ese poeta; y en un poeta que lo era principalmente por la agudeza de la sentimentalidad moral, aquella falta resultaba un enorme defecto... Pero una feliz casualidad me proporcionó un texto de disculpa, en que el poeta confesaba que sólo por odiosas e interesadas ingerencias había sido apagada su voz de protesta en una de las más fuertes horas de prueba (no terminadas todavía, ciertamente) que atravesó su pueblo...

Gabriel ALOMAR

VIDA PINTORESCA

Su Excelencia de viaje

EN el Manual del perfecto hombre político figura, como número absolutamente indispensable, al jurar el cargo de ministro, el de darse una vueltecita por la capital provinciana o pacífico pueblecillo que tuvo la honra de verle nacer, o, por lo menos, enterarse de que había nacido, ya que no es lógico que el hombre lo hiciera en plena calle y a la luz del sol.

Esto de recibir el homenaje de los paisanos es cosa que atrae a todos los primates políticos, porque es lo que suelen decirse: «¿No anunciaban allí que yo no iba a servir para nada? Pues ahora me verán hasta con el picudo y plumado sombrero de ministro. ¡Lo que van a rabiar en la tertulia de la botica, donde aseguraban que yo era un queso!»

El entusiasmo de los pueblos se desborda cuando ven aparecer al que salió de ellos con una maleta, en la que llevaba tres mudas incompletas—o, como si dijéramos, mudas que hablaban un poco—, y vuelve de consejero, asegurando que todos sus amores están encerrados entre los soportales de la plaza y el rollo que hay a la salida de la carretera.

—¿Cómo ha crecido!

—Pero se ha afeado un poco.

Los paisanos acogen al viajero con efusión y le hincan de vivas, de agasajos y de higos, recordando que cuando era muchacho solía hacer novillos en la escuela para ir a robar tales frutos en los huertos de los convecinos. El, como es natural, habla de la grandísima satisfacción que ha experimentado al encontrarse de nuevo entre sus convecinos, a los que nunca olvidó, «no obstante las luchas políticas», frase ésta que no tiene la menor explicación; porque en las luchas políticas, que siempre han sido por la cartera, de lo que, menos se ha acordado el personaje aquel es de lo que pudiera hacer la gente de su pueblo.

Los hijos de Madrid son desgraciados hasta en eso. Llegan incluso a ministros y todo el mundo sigue haciendo su vida corriente, sin inquietarse porque el exaltado a tan alto puesto haya nacido en la calle de Atocha o junto al cine de Chamberí. No así en los pueblos, donde hay quien es capaz de consignar en las tarjetas que es paisano del ex ministro don Fulano de Tal. A eso obedecen los deseos que todos tienen de exhibirse en los lugares de su nacimiento y el regocijo que invade al vecindario en cuanto el tren que lleva al personaje se detiene en la estación.

—¡Viva el ministro!

—¡Viva Perico!

Bueno, este último viva ya no suele hacerle tanta gracia al ministro, que no puede menos de dirigir la mirada hacia el sitio de donde salió tan democrática efusión.

—Como me lo figuraba. Es el animal del hijo del tío Roque. ¡Los capones que me tiene dados cuando íbamos al colegio! Pero ahora, el que se los va a dar de verdad soy yo, si vuelve a meter la pata.

A continuación de esto adopta una sonrisa de extraordinaria afabilidad y se deja abrazar, sobar y zarandear por todos aquellos que le conocieron, como quien dice, ciruelo y ahora se le encuentran hecho un personaje de categoría.

Verdaderamente, tienen razón los ministros en sentir tales deseos de que los

vean hechos hombres donde transcurrió su niñez. Allí, siquiera, son recibidos con entusiasmo, mientras que en el resto de la nación tienen que pasar por la vergüenza de que si no se presentan en traje oficial nadie les hace caso.

—Oye, camarero: ¿quién es ese buen viajero, rechoncho, que suele sentarse en aquella mesa del comedor?

—Creo que es un personaje político.

—¿Ese? ¡Así está el país! No he visto en mi vida facha más vulgar. Pensé que era uno que venía a contratar la cosecha de aceituna.

¿Qué diferencia de trato si ese mismo personaje es de aquella localidad y se presenta con todo el ceremonial acostumbrado (para estas visitas! Esos mismos viajeros que de tal modo se han pitorreado, se verán sorprendidos por el camarero, que les dirá: «Hoy van a perdonar los señores; pero no hay pescado.»

—¿Caray! ¿Se ha secado el mar?

—No; pero ya saben ustedes que tenemos aquí al ilustre Gutiérrez.

—Sí, hombre, sí. ¿Es que se va a comer todo el pescado?

—No; pero como en el Ayuntamiento ignoran si prefiere la democrática merluza al aristocrático langostino, el alcalde ha dado orden de que se remita a la Casa Consistorial todo el pescado para que nuestro huésped elija. No es cosa, como ustedes comprenderán, de que el hombre venga a su pueblo y no vea satisfecho su capricho fluvial.

Estos viajes son de una emoción extraordinaria, por lo menos para el que los ejecuta con el orgullo del vencedor, mientras que entre los que se quedaron en el pueblo suele haber un sencillito comensario:

—El habrá llegado a ministro; pero si gue tan cursi como cuando se paseaba por el Espolón con las manos a la espalda.

A. R. BONNAT

LECTURAS

José Toral, el admirable y fuerte novelista, que con paso firme y seguro ha ido alcanzando las altas cimas de este género por tantos cultivado y en que tan pocos logran descollar, ha publicado una nueva obra, acaso la mejor de cuantas lleva dadas a la estampa.

Flor de pecado se titula el libro, y de él podría decirse que es «flor de novelas». Por su interés, su galanura, su amenidad, su psicología honda, su trascendencia (no deliberadamente buscada por el autor, sino lógicamente derivada del desarrollo del tema humanísimo), este «episodio suelto de la vida de una cortesana» es modelo perfecto de obras ágiles, bellas, llenas de enjundia, de pasión y de verdad.

La Biblioteca Patria acaba de editar *La bella desconocida*, linda novelita del culto literato Federico González-Rigabert.

Juan Aguilar Catena, periodista cultísimo, trabajador infatigable de la Prensa, para quien el descanso es pelear, ha publicado un hermoso y extenso relato novelesco, titulado *El artificio rueda*, laureado por la Biblioteca Patria y honor de dicha colección.

La encantadora y delicada obrita es una nueva muestra de la depuración de

estilo y del noble y sutil temperamento literario del brillante escritor.

El joven y admirable poeta J. Martínez de Sotomayor ha publicado un volumen de versos muy personales y muy bellos, llenos de fuerza y originalidad.

Bajo el título general de *Rudezas* nos muestra el joven y vibrante escritor una serie de cuadros de exuberante luz campesina, en los que palpita el alma vigorosa del poeta enamorado del terruño nativo.

El libro lleva un prólogo de Andrés González Blanco y un epílogo de Francisco Villaspesa.

Don Estanislao Alberola Serra, cultivador entusiasta y feliz del difícil género poético de los cantares, ha publicado un bello libro de esta índole, que no es el primero debido a su lozana inspiración.

Titúlase *Mil y un cantares más*, y en la colección copiosísima hay docenas y hasta cientos de coplas que de la pluma del poeta han de pasar seguramente a los labios del pueblo. ¿Qué elogio mejor?

El insigne Rodríguez Marín, maestro del género, encabeza el volumen con una interesante carta-prólogo.

El brillante escritor americano E. Carrasquilla-Mallarino ha publicado una vibrante y original novela: *Los caprichos del amor*.

Editada con esmero y a precio popular por la Casa Maucci, de Barcelona, la obra puede calificarse de admirable. Su lenguaje sencillo y fácil, su estilo fresco y ágil, su gracia fina, ponen un sello de excelencia artística en la nueva creación

del «sutil ingenio colombiano», como llamara «Fray Cándido» a Carrasquilla-Mallarino.

Nuestro notable y culto colaborador N. Tassin ha agrupado en un tomo de multitudinaria lectura, titulado *Héroes y mártires de la revolución rusa*, muchos interesantes y amenos episodios de la lucha revolucionaria desde 1825 hasta nuestros días.

Por su inconfundible sabor y su riqueza documental, la obra es tan sugestiva y digna de atención como todas las de Tassin.

La Vampiresa—«Novela de amor y de tortura»—, por D. Pedro Morante, es un libro de mucha modernidad y de mucho interés.

Como pórtico ha puesto el autor al volumen aquellos célebres versos de Baudelaire, que comienzan:

*Toi qui, comme un coup de couteau,
dans mon cœur plaintif est entré...*

Trasunto y glosa de esa admirable poesía atormentada es, en puridad, este libro hondo y sugerido.

Emilio Carrère ha comenzado a realizar una ilusión acariciada durante largos años: la traducción de las obras completas de Verlaine.

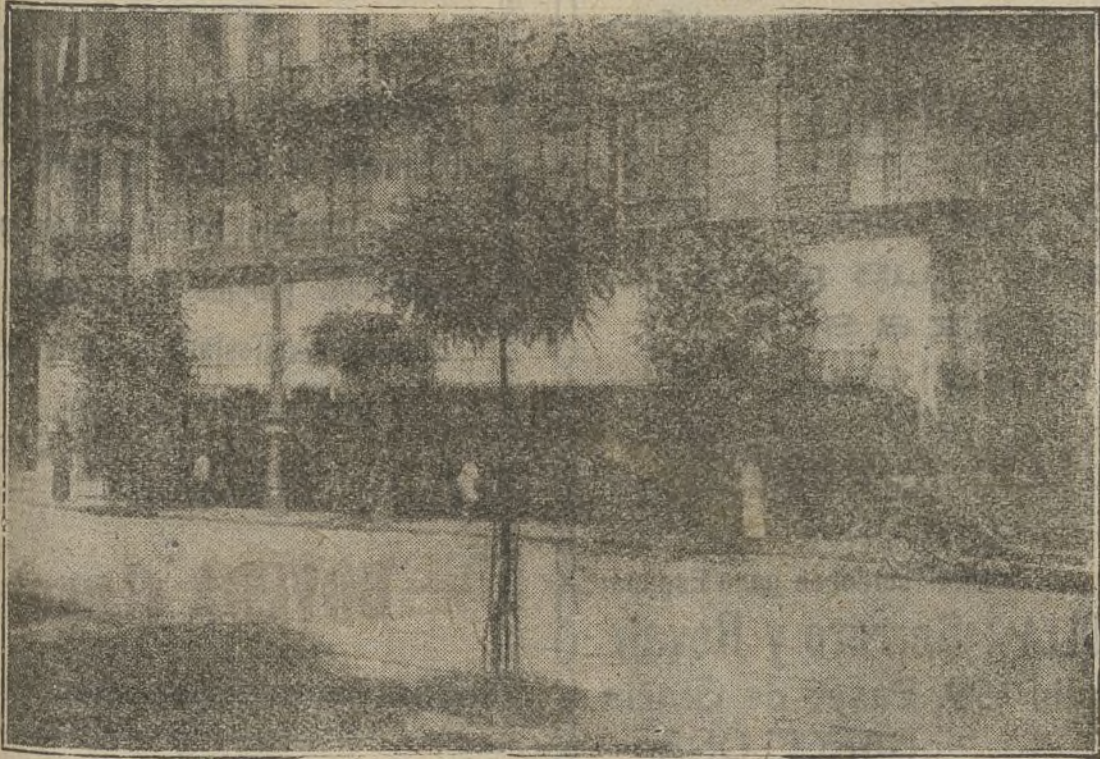
Ya se han puesto a la venta los dos volúmenes, que se titulan *Poemas saturnianos* y *Los poetas malditos*.

Creemos que no necesita encomiarse el fervor, el exquisito cuidado con que Carrère, el ilustre poeta español, ha hecho la traducción de las rimas del excelsa poeta francés.

GRAN HOTEL PARÍS

OVIEDO

Asturias :- España.



Vista del Café del Hotel de París.

Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y confort, capaz para 100 habitaciones.

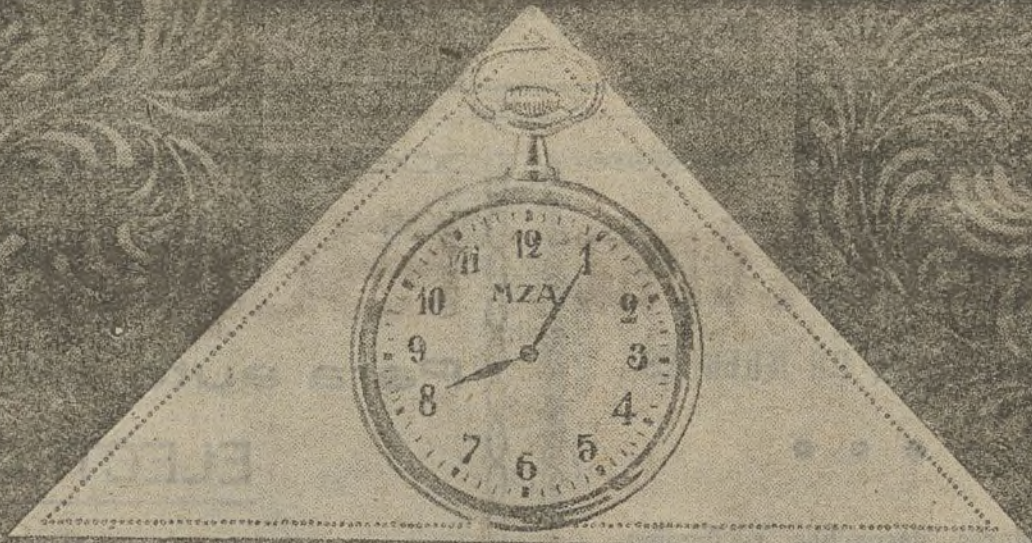
Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los primeros del Extranjero.

Dormitorios de lujo inusitado. — *Brasserie* en el Hotel. — Orquesta en el espléndido *Hall*. — Salas de baño. — Teléfonos urbanos e interurbanos. — Salas de lectura. — Biblioteca. — Cocina de primer orden. — Servicio completo de automóviles.

Pensión completa desde 12,50 pesetas

DIRECTOR PROPIETARIO:

= D. Manuel del Valle Díaz. =



FABRICA DE RELOJES

CARLOS COPPEL

MADRID

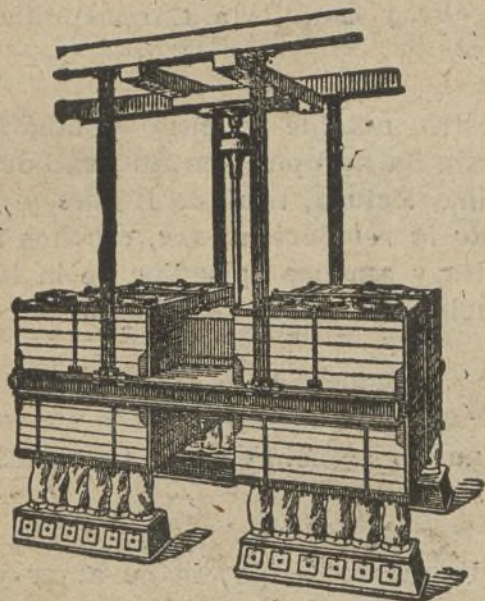
Fuencarral, 27.

UNICO DEPOSITO EN ESPAÑA DE LOS RELOJES M.Z.A.

CERTIFICADO DE GARANTIA CON CADA RELOJ.

VENTA AL POR MAYOR Y MENOR.





BUHLER HERMANOS

Calle de Atocha, 36
MADRID

Instalaciones completas, Máquinas y Aparatos para
Silos, Descargadores y Transportadores mecánicos y neumáticos.
Fábricas de Pastas Alimenticias.
Fábricas de Malte y de Cerveza.
Tejerías Mecánicas.
Fábricas de Ladrillos sílico-calcareos.

Máquina rotativa plana de imprimir "Duplex".

Especialidad en instalaciones y transformaciones de
FÁBRICAS DE HARINAS
CON MODERNO DIAGRAMA

❖ ❖ ❖ ❖ PÍDANSE CATALOGOS Y OFERTAS ❖ ❖ ❖ ❖



CALLOS

Las terribles molestias de los pies, callos y durezas, desaparecen completamente usando sólo tres días el patentado

UNGÜENTO MÉDICO

No falla en un solo caso. Pregunte a cuantos le han usado y oirá usted maravillas.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.- Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID

MANUEL LÓPEZ

FABRICANTE DE MUEBLES

Comedores, despachos, recibimientos, dormitorios, sillerías, tocadores, salones, escritorios de señora, bureaux americanos, clasificadores

Serrano, 17 - Ayala, 60

Quiosco de EL IMPARCIAL

Calle de Alcalá
esquina a Barquillo

Bujía MOLLA

Para automóviles, motos, aviación

ELECTRODOS DE PLATINO

No se engrasa nunca
Se desmonta en todas sus partes.
Todas sus piezas son intercambiables.

DE VENTA EN TODOS LOS GARAGES

Agencia central:	FABRICA:	Distribuidores para España:
A. B. G.	Etablissements MOLLA	Serrero y Revah
Nueva de la Trinidad, 11	5, rue Jean Daudin	99, Paseo de Gracia
MADRID	PARIS	BARCELONA

AGUAS del INCY

Análogas a las tan célebres de Spa, Bagnères de Bigorre, Pyrmont, etc. Curan anemia, enfermedades por debilidad, propias de la mujer, y cuantas manifestaciones origina el agotamiento nervioso.

= BOVEDA (Lugo) =

Nerviosina de T. González De venta en farmacias

CANSECOL

Es el mejor, más poderoso e inofensivo antineurálgico de todos los conocidos

Con este preparado desaparecen radicalmente los dolores de cabeza, oídos, muelas y menstruales

Su uso constante no da lugar, como el de otros similares, a trastornos gástricos ni ataques al corazón

.- De venta en todas las farmacias y droguerías. -- Precio: Un sobre con dos dosis, 50 céntimos